

## **LAS CALLES TIENEN MILES DE OJOS**

**Jerónimo Pimentel Prieto**

**uno**

Miguel Ángel Cárdenas tiene 22 años, una gran preocupación, y unas ansias terribles de gritar. Camina por Universitaria junto a cientos de alumnos de la Católica, un sol que no se vio en esa neblinosa mañana ha empezado a fastidiarle el rostro. Es el miércoles 12 de abril, juran los calendarios. La humedad de San Miguel junto al calor de un verano que no se va (que no se irá hasta las primeras semanas de junio) amenaza con incomodar un poco más al grupo que está a punto de llegar a La Marina. Una vez ahí, detienen el tránsito por varios minutos pero nadie los insulta. Un conductor se afloja el nudo de la corbata y toma fuerzas para vitorearlos. Seguramente le provocaría tener un puñado de años menos para plegarse a la protesta. Miguel Ángel y todos los que lo acompañan saben que no habrá segunda vuelta. Que todo está arreglado para que Fujimori gane, después de unos días, con el «cincuenta coma algo» de la población electoral. Él y varios amigos se reunieron el 9 de abril en su casa para presenciar las elecciones, y festejaron la caída de Alberto Fujimori entre las cuatro de la tarde y las seis del despreecio, hora en la que insólitamente se voltearon los resultados. Los márgenes de error de las encuestadoras no alcanzaban para tales resultados. Los de indignación menos.

Eran las 6:53 p.m. cuando miles de gritos enardecidos se esparcieron como regueros de pólvora en la Plaza San Martín declarando el triunfo popular: la segunda vuelta era un hecho. Recién en ese momento se vivió la fiesta que se había extrañado tres días antes, cuando los conteos «oficiales» dejaron a Alberto Fujimori al borde de su tercer mandato presidencial consecutivo. El éxtasis se contagió como un virus irrenunciable, y un emocionado Alejandro Toledo entendió bien que la realización de la segunda vuelta se había conseguido gracias a la presión de las manifestaciones. Tal vez lo importante fue que no sólo él entendió esto, sino también todos los que asistieron, marcharon y gritaron, y aún los medios de comunicación masiva serios (en estas épocas hasta la seriedad es atrevida). La sensación de poder transformar la realidad embriagó a todos esa noche.

## entretiempo

Vuelta de página. 1997. El reelegido gobierno no tenía la popularidad de antes, las cuentas del terrorismo y la estabilización de la economía se pagaron en el referéndum de 1993 y en las elecciones de 1995. 1996 fue el primer año claro de recesión. En 1997 el terrorismo ya había perdido protagonismo: los universitarios que salieron a marchar tenían 12 o 13 años cuando se capturó a Abimael Guzmán. Se acababa de destituir al Tribunal Constitucional por desaprobado la ley re-reeleccionista, y tal vez sin mucha conciencia de lo que significaba la institución, multitudes inusitadas salieron a tomar las calles abofeteando con un buen sopapo los lugares comunes de la oficialidad, ya sea en la forma de clases políticas (de cualquier bando o calaña), ya en la de medios de comunicación, líderes de opinión, etc. La prepotencia con la que el gobierno había lanzado su aviso re-reeleccionista conmocionó a los que antes no habían tenido cómo captar el mensaje autoritario. Los que ya lo habían captado se sorprendieron de que repentinamente otros lo hicieran. Sin embargo, la Coordinadora Universitaria que nació de estas protestas fracasó.

Parte del problema de la espontaneidad y de la no-organización es que responden sólo a coyunturas muy específicas, y pagan su frescura y novedad con el alto precio de su corto tiempo de vida. Esto es, hasta que agresión, sensibilización e indignación se vuelven a juntar. Por otro lado, las protestas no representan una alternativa mediante la cual concretar una argumentación que permita cuestionar programática y articuladamente un estado de las cosas. Nadie duda de la vitalidad que les subyace, ni la capacidad que tienen de ser el elemento que incline la balanza en situaciones específicas (es más, ellas implican un cuestionamiento ético previo, lo que es un buen signo de salud y conciencia cívica). Sin embargo, su capacidad de enfrentar estrategias como las gobiernistas es incierta, pues la falta de una mirada de largo o mediano alcance no permite estructurar un plan lo suficientemente fuerte como para desbaratar las tácticas que hemos visto utilizar últimamente (por ejemplo, cortinas de humo como las de los **talk shows**, la homosexualidad, etc.). De todas formas, su carácter es necesario e imprescindible: es harto claro que la presión interna es el elemento fundamental para transformar la realidad política del país y que la externa, en el mejor de los casos, puede ser un buen suplemento. Lo sucedido en el autogolpe del 5 de abril es una buena prueba de ello.

En el período post primera vuelta se convocaba a marchas cada dos o tres días. De ellas sólo se desarrollaban las que provocaban una cadena de éxito positivo que permitía que una asistencia respetable las consolidara. El resto (la mayoría), además de implicar un desgaste de energías y esfuerzos innecesarios, lo único que lograba era monotonizar hasta la normalización los ánimos de los estudiantes (la materia prima de todas las protestas). De ahí también el silencio que se observó desde el 12 de abril (tres días después de la primera vuelta) hasta el 25 de mayo (tres días antes de la segunda vuelta), tiempo en el que fueron pocas las manifestaciones que se produjeron, cuando el gran objetivo debió ser lograr el cambio de las condiciones que habían hecho de la primera vuelta la elección más entrecomillada, cuestionada e irregular de la historia de la República o, en todo caso, prorrogar la segunda vuelta para que el circo electoral no se repitiera una vez más.

No se ha reconstruido el movimiento estudiantil, pues las grandes carencias que condicionan su surgimiento no han podido ser remediadas aún: ideas, programas, líderes, cambio de actitud. Y no podrán ser remediadas hasta que se recupere y se pierda el miedo a la gran herramienta olvidada: la palabra. Y a través de la palabra, todo lo demás. Sin embargo, lo que sí se ha logrado es que se fortalezca un cuestionamiento ético que enarbola fehacientemente grandes valores universales: democracia, derechos humanos, libertad de expresión, etc. No se han creado partidos, pero al menos se ha hecho sintomática la reacción, previa sensibilización, frente a determinadas coyunturas, lo que supone un primer paso imprescindible hacia la formación de una conciencia política. Este es el gran logro, más allá de la consecución de la segunda vuelta, que dejaron los comicios electorales pasados. Por lo pronto, se ha interiorizado una actitud de protesta que, además de aportar vitalidad al escenario político, ha logrado que se recuperen espacios que parecían olvidados: las plazas y las calles.

En ese sentido, se pueden observar algunos progresos respecto a protestas anteriores. A pesar de la heterogeneidad de las formas, matices y acepciones que existen tras los valores ponderados, existió una cohesión entre los universitarios que antes no se había visto. Por ejemplo, en la marcha del '97, mientras los de la PUCP gritaban por la vuelta al Estado de Derecho, los de la UNMSM se centraban en reclamar demandas referidas a justicia social. Éstos acusaban a aquéllos de «burgueses» y la separación de los grupos, a pesar de haber marchado juntos (haber utilizado la

misma ruta), era notoria. En el 2000 se ha podido observar que los estudiantes, a pesar de tener carteles que los identificaban por universidades, eran un conjunto único asentado siempre en el medio de los mítines, diferenciándose esta vez de las demás agrupaciones (APRA, Construcción Civil, etc.). Además, se pudo observar que los universitarios que asistieron eran de una gran diversidad de centros de estudios, y hasta los de la U. de Lima, bajo los cuales cayó siempre el rótulo de «indiferentes y apolíticos», se dieron el lujo de hacer un plantón en la Javier Prado.

## **dos**

El domingo 28 de mayo Alberto Fujimori se proclamó presidente postulando en una segunda vuelta que no tuvo observadores ni contendientes. Ninguno de los reclamos formulados en la primera vuelta fueron atendidos: ni la apertura de los medios de comunicación, ni el cese de la guerra sucia, ni la realización de un debate político, ni el cambio del **software** de cómputo, ni la remoción de las autoridades comprometidas en las irregularidades, ni nada. Por una reacción natural, la indignación de la gente empezó a llenar la Plaza San Martín. Nadie podía imaginar que ese día iban a congregarse las 60 u 80 mil personas que colmaron la plaza. Desde las cuatro de la tarde, junto al zumbido esporádico de un helicóptero que multiplicaba la efervescencia de los indignados, universitarios, trabajadores, amas de casa y familias fueron llenando la plaza con frustración, cólera, carteles y proclamas. La legitimidad del gobierno, esa que nace del contrato social, estaba mortalmente herida. El bote hacía agua. Fue la manifestación más espectacular del proceso, un verdadero polvorín presto a estallar al menor atisbo de chispa.

Alejandro Toledo, a pesar de haber incurrido en una serie de contradicciones propias del neófito (que escapan los límites de este artículo), no pateó, felizmente, el tablero real (el que lleva a la violencia). Prefirió encauzar el descontento por orillas más seguras, llamando abiertamente a la «resistencia pacífica». Pero, a pesar de conseguir esa extraña mezcla de convicción y mesura, no se salvó de cometer torpezas. 500 alumnos de San Marcos, cuando vieron en el estrado a Morales Bermúdez perorando, marcharon hacia la Plaza Mayor encolerizados por el desacierto perúposibilista. El ex-dictador no era la persona indicada para dar discursos en favor de la democracia y ellos lo entendían muy bien.

Pocas horas antes la cúpula de Perú Posible reconocía su error cuando salían las primeras proyecciones. Alejandro Toledo, 15%; Viciados, 30%; Auserentismo, 16%. La dispersión le quitaba contundencia a las cifras. La consigna debió ser desde un comienzo votar viciado, se lamentaban en la Sala de Prensa del César's.

### **¿tercera vuelta o pitazo final? (un partido raro)**

Es claro y suena a perogrullada que no se deben entender los pasados comicios unívocamente desde la perspectiva de las manifestaciones populares, menos aún si nos limitamos a las exclusivamente universitarias. En este sentido, las estrictamente estudiantiles han sido intrascendentes (por ejemplo la del Parque Universitario), y es muy cuestionable la injerencia que puedan tener estas expresiones de manera aislada. El papel que mejor les ha sentado ha sido el de impulsar, en base a ingenio, presencia, entusiasmo y creatividad, las marchas y mítines realizados en relación a los comicios electorales pasados. Y eso lo han hecho muy bien. Desde ahí se vislumbra el verdadero rol que han tenido: han sido el motor de empuje de las protestas populares.

Sin embargo, los universitarios no conseguirán asentarse como actores políticos consistentes hasta que puedan interiorizar la palabra como herramienta de transformación de la realidad. En esa medida conseguirán enriquecer el debate nacional y potenciarán su participación en la vida pública. Se ha perdido el miedo a salir a las calles, ahora falta perderle el miedo a hacer política. Se deben proponer ideas, ya no sólo realizar mítines. De esta forma se logrará rebatir con propuestas, y no sólo con carteles.